

tido á seguirlos, formaban los helvecios una masa de cerca de cuatrocientas mil almas (1), y contaban hacer su camino por la Provincia.

Había pues para Roma en este proyecto un doble peligro: abandonada la Helvecia sería ocupada por los suevos, cuya vecindad era de temer; y atravesando la Galia estos cuatrocientos mil emigrantes, habían de causar necesariamente desórdenes, cuyas consecuencias no podían preverse. Por otra parte, uno de sus caudillos, Orgetorix, esperaba recobrar á favor de estos movimientos, la autoridad real que habían ejercido sus padres. El secuano Castic y el eduo Dumnorix, iniciados en estos proyectos, debían secundarlo y recibir de él todo el apoyo necesario para operar en su país la misma revolución. Después, este bárbaro triunvirato sometería toda la Galia (2).

Los proyectos de Orgetorix fueron luego descubiertos, pero la muerte de este caudillo no desvió al pueblo del plan de emigración que había concebido.

La alarma que causó en Roma todo esto era justificada



Moneda de los alóbroges (4)

Moneda de los eduos (5)

Orgetorix (6)

Moneda de Dumnorix (7)

Moneda de los alóbroges (8)

En días de marzo del año 58, partió César para la Narbonense, una de sus tres provincias, y en ocho días llegó á Ginebra. Los helvecios, para quitar de su ánimo toda esperanza de vuelta, acababan de quemar sus doce ciudades y sus cuatrocientos villorios, y se dieron cita para el 28 del mismo marzo á orillas del Ródano.

II. — PRIMERA CAMPAÑA DE CÉSAR (58).

— VICTORIAS SOBRE LOS HELVECIOS Y SOBRE ARIOVISTO.

Descendiendo del San Gotardo, corre el Ródano entre dos cadenas de altas montañas hasta el lago Lemán, que forma el mismo río, y de donde sale, cerca de Ginebra, para ir á chocar á algunas leguas de distancia contra el Jura y una de las últimas estribaciones de los Alpes, el monte Vuache. Después de una pugna en que el río acaba por triunfar, hace brecha en la montaña y abandona la Suiza por una garganta horrenda que separa el Franco Condado de Saboya, el país de los secuanos del de los alóbroges. Para penetrar en la Galia no tenían los helvecios otro camino, á no ser que se arrojaran á los desfiladeros del Jura, difícilmente practicables para una emigración de aquella especie, ó pasaran por cualquier punto el Ródano entre el Lemán y las montañas de los alóbroges.

Pero César, que estaba ya en Ginebra, había cortado el puente de esta ciudad. Vacilando los helvecios en arriarse á la garganta de la Esclusa, donde algunos hombres resueltos bastarían para detener un ejército, pidieron al

(1) Según los registros, llevados en lengua griega, que César encontró en el campamento enemigo, los emigrantes eran en número de 368,000, de los cuales los 92,000 estaban en aptitud de combatir.

(2) *Per tres potentissimos... Gallia totius sese potiri posse sperant* (César, de Bello Gallico, I, 3).

(3) César, ibid. I, 3: *in tertium annum*.

(4) Gamuza y rueda. Reverso de una moneda de los alóbroges. Las monedas de los alóbroges montañeses, tienen como esta por tipo una gamuza. Las demás que pertenecen á los alóbroges de las orillas del Lemán, tienen por tipo un hipocampo. (Nota de M. Saulcy.)

(5) Moneda de plata de los eduos: un oso.

(6) Busto de Diana con un collar de perlas y el carcaj á la espalda:

en verdad, porque se recordaba muy bien la participación que cuarenta años antes, habían tenido los helvecios en la formidable invasión de los cimbrós. Tres senadores enviados á la Galia llevaron un senadoconsulto, dando al gobernador de la Narbonense poderes ilimitados para hacer todo cuanto creyera útil á la república y para proteger á los aliados del pueblo romano. Atraídos por este decreto los eduos, se comprometieron á cerrar, con ayuda de los secuanos, los pasos del monte Jura.

Los helvecios y sus aliados se habían tomado tres años de tiempo para hacer sus preparativos (3) y el tercer año de este término venía á caer bajo el proconsulado de César. A él pues iba á tocar esta guerra, en ejecución del decreto senatorial del año 61. En esta previsión y para dividir de antemano á sus enemigos, procuró ya desde el año 59, atraerse al rey Ariovisto haciendo que se le diera el título de amigo del pueblo romano. El rey bárbaro prometió, en efecto, no poner ningún obstáculo á la ejecución del plan trazado contra los helvecios.

proconsul paso por las tierras de los alóbroges. Como no tenía aun César más que una legión, aplazó al 13 de abril su contestación; era una tregua de quince días que se daba y que aprovechó muy bien, pues cuando los diputados volvieron, vieron con sorpresa que aquellos pocos días le habían bastado para fortificar todos los puntos estratégicos de la orilla izquierda del río, desde el Jura hasta la punta del Lemán, en una longitud de 27 kilómetros. Tropas procedentes de la Provincia, defendían las trincheras, y todas las tentativas de los bárbaros para pasar el Ródano á viva fuerza hubieron de fracasar. Dumnorix y Castic hicieron que los secuanos les dieran su consentimiento; y sin cuidarse de la negativa de los eduos, enderezó la horda hacia el Saona, contenta ya por haber dejado á su espalda aquellos peligrosos desfiladeros.

Con una hábil operación, que no le había costado un hombre, acababa César de preservar la provincia romana de una peligrosa invasión. El peligro estaba ahora por el lado de los eduos; pero César había resuelto ya autorizarse con el senadoconsulto del 61 para salir de su provincia y socorrer á los aliados de Roma (9).

La marcha de los helvecios fué tan lenta, que tuvo tiempo suficiente para ir á Italia por cinco legiones, encontrando á su vuelta á los bárbaros ocupados aún en pasar el Saona, que los eduos no se habían atrevido á defender. Se estableció probablemente en Sathonay y esperó allí que las tres cuartas partes del ejército enemigo se hallaran á la otra orilla del río para exterminar su retaguardia, que per-

la palabra EDVIS recuerda la alianza entre los eduos y los helvecios, atestiguada por César. Por el reverso un oso, que Berna ha conservado en sus armas. Denario de plata.

(7) Dumnorix ó Dubnorix. Cabeza con grandes bucles de cabellos y el torques; en el reverso un caballo al galope (Saulcy, Numism. 9).

(8) Hipocampo. Reverso de una moneda de plata de los alóbroges del lago Lemán.

(9) César se autorizó con este decreto senatorial para toda la guerra de las Galias, y así dando á todos sus actos carácter de legalidad sin necesitar más autorizaciones del senado ni del pueblo, pudo levantar nuevas legiones y añadir una guerra á otra hasta que estuvo conquistada toda la Galia (César, de Bello Gallico, I, 35).

manecía en la margen oriental, á la altura de Macón (junio); después, lanzando en un día todo su ejército á la ribera opuesta, se encontró en presencia de toda la horda, que remontó hacia el Norte.

Por espacio de quince días la siguió de cerca sin encontrar ocasión de empeñar el combate, hasta que, faltándole los víveres por la traición de Dumnorix, resolvió ir á proveerse á la capital misma de los eduos (Bibracte, en el monte Beuvray, á 13 kilómetros de Autun). Creyeron los helvecios que huía y se arrojaron sobre su retaguardia; pero encontraron todo el ejército romano en orden de batalla en la falda de una colina, de donde partió una lluvia de flechas, que introdujo en sus filas el desorden. Las legiones entonces descendieron para acometer con la espada, y se empeñó un violento combate, que duró hasta media noche con inmensa pérdida por parte de los helvecios. Desde el principio de la batalla había dejado César su caballo en señal de que quería participar de todos los peligros y fatigas del soldado (fines de junio ó principios de julio).

El resto de la horda precipitó su marcha, camino del Norte, siempre para ganar el Rin y la Germania. Pero alcanzados muy luego por los romanos, rindieron las armas, y por orden del procónsul, los ciento diez mil hombres sobrevivientes de aquella emigración desastrosa, volvieron á sus montañas, que César no quería dejar que ocuparan los germanos. Los alóbroges recibieron orden de suministrar trigo á los restos de aquel malhadado pueblo hasta que hubieran sembrado sus tierras.

Un pueblo aliado de los helvecios, los boyos, quedó con permiso de César entre los eduos, que lo establecieron en su frontera del S. O. (el *Beaujolais*) para que la defendieran contra los arvernos. Erán los descendientes de aquel pueblo valeroso, que había abandonado á Italia por no vivir sujeto á Roma. Amenazados á orillas del Danubio por los getas, hubieron de asociarse á la fortuna de los helvecios, y después de más de cinco siglos, volvían á su primera patria, sometiéndose, en fin, al yugo de que con tanto odio y valor habían huído.

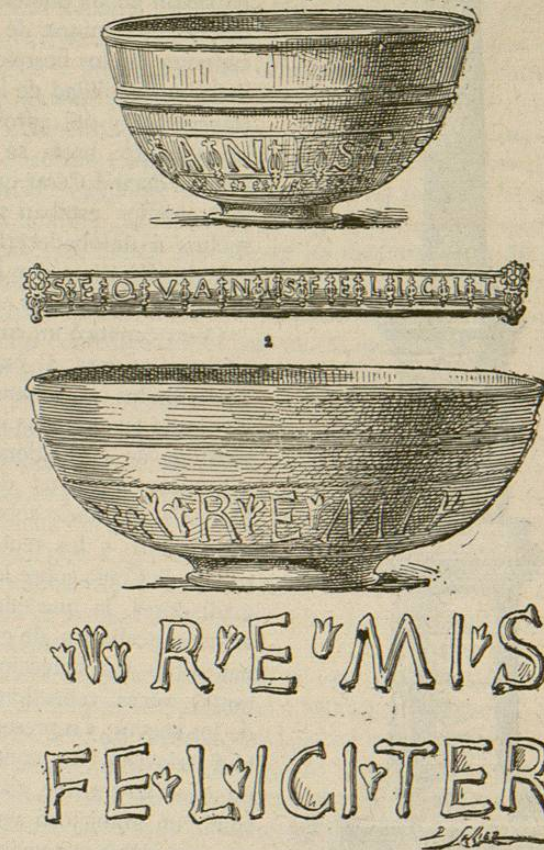
La Galia estaba entonces entre dos invasiones: la de los suevos, fuerza desordenada y salvaje, y la de los romanos, poder admirablemente organizado, formidables los dos para un pueblo que no sabía poner en común sus intereses y sus energías. Los suevos espantaban con su barbarie. «Todos los años, dice César, van sus guerreros á buscar combates y botín. No permanecen más de un año en un mismo paraje, ni viven más que de leche, de caza y poco trigo; se visten con pieles de animales, dejando siempre descubierta la mayor parte del cuerpo. No quieren géneros ni aun vino de procedencia extranjera, y gustan de rodearse de vastas soledades. Las tierras despobladas les parecen un título de gloria para la nación que ha hecho tales estragos; es una prueba de que muchos pueblos no han podido resistir á sus armas. Dicen que á espaldas suyas han hecho un desierto en un espacio de seiscientos mil pasos.»

No hay pues qué extrañar que, no habiendo podido cerrar sus puertas á tales huéspedes, se diera prisa la Galia en desembarazarse de ellos por mano de Roma.

Terminada la guerra de los helvecios, se encontró César enfrente de Ariovisto. No se tuvo en cuidado desechar los ruegos de los galos, cuando los diputados de las principales ciudades reunidos en asamblea general, *concilium totius Gallia*, fueron á implorar su ayuda contra el rey germano, porque aquellos bárbaros eran mucho más molestos para la provincia romana que los helvecios lo habían sido. Anibal había impuesto á Roma la obligación de someter á España, de donde había partido el gran golpe

de la segunda guerra púnica; la conquista de este país había obligado al Senado á asegurar un camino entre los Alpes y los Pirineos, y la seguridad de la provincia formada á lo largo de esta vía militar exigía que el *statu quo* territorial, creado en Galia por las victorias de Fabio y de Domicio, no se cambiara. Tal es el encadenamiento de las necesidades históricas cuya última y gloriosa consecuencia fué la guerra de las Galias.

El procónsul hizo proponer una conferencia á Ariovisto, el cual contestó altivamente: «Si yo necesitara á César, hubiera ido á buscarlo; César me necesita á mí, que venga pues á buscarme.» Habiendo replicado el procónsul con amenazas: «Nadie, dijo el bárbaro, nadie ha chocado conmigo, que no se haya arrepentido. Cuando César quiera,



Copas de los secuanos y los remos, de barro rojo (1)

mediremos nuestras fuerzas, y aprenderá á su costa lo que son los germanos, guerreros que hace catorce años no duermen bajo techado.»

Al mismo tiempo anunciaban los eduos que los harudes habían invadido sus tierras, y los treviro, que nuevas tropas suministradas por los cien cantones de los suevos se aproximaban al Rin. Toda la Germania estaba en movimiento: no había que perder tiempo para rechazar esta invasión, de que Ariovisto no era más que la vanguardia.

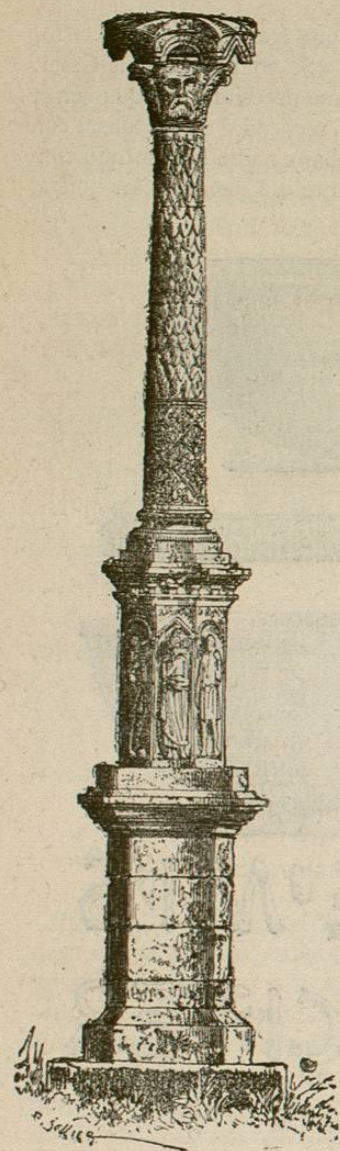
César se dirigió contra él á marchas forzadas hacia la importante plaza de *Vesontio* (Besançon) que el rey bárbaro quería tomar y adonde se le anticipó el procónsul llegando á primeros de agosto. La descripción que de ella hace prueba la exactitud de los datos que nos suministra, porque esta descripción puede servir hoy día:

«Está la ciudad tan bien defendida por la naturaleza, dice, que ofrece todas las facilidades para la guerra. El

(1) La copa de los secuanos se encontró en Ginebra en 1862. Damos al mismo tiempo la de los remos que se le parece mucho y el desarrollo de las dos inscripciones: *Sequanis Felicitas; Remis Felicitas*.

Doubs la rodea casi enteramente, y el espacio de 1600 pies (480 metros) por donde el río no pasa, está ocupado por una montaña cuya base lamen las aguas. Rodea un muro la montaña y hace de ella una ciudadela unida á la ciudad.»

César se detuvo allí algunos días para proveerse de víveres y tomar conocimiento del país, y por poco no le es fatal esta tregua. Espantados sus soldados de las referencias que hacían los habitantes de la alta estatura y del valor de los germanos, rehusaban pasar más adelante. En el campamento cada cual hacía su disposición testamentaria, y los menos espantados hablaban de las dificultades de los caminos, de la espesura de los bosques, de la imposibilidad de los transportes y del aprovisionamiento: hasta se le envió á decir á César que los soldados estaban resueltos á desobedecerlo, cuando diera la orden de mover los estandartes.



Monumento de Cussy, cerca de Autun (1)

César convocó un consejo de guerra al cual asistieron los centuriones, y recordó en él todas las victorias de las legiones sobre los pueblos del Norte; las de Mario sobre los cimbras y los teutones, la de Craso sobre los gladiadores, la que ellos mismos acababan de ganar sobre los helvecios, tantas veces vencedores de los suevos; y representó á Ariovisto, no como un caudillo terrible, sino como un ambicioso vulgar que debía sus ventajas sobre los galos á pérdidas y mañas impracticables con los romanos.

«En cuanto á esos que por ocultar su miedo, añaden, hablan de las dificultades del camino y del aprovisionamiento, son bien temerarios en pretender prescribir ó recordar al general sus deberes. Este cuidado le pertenece á él solo y ya ha proveído á él. Los secuanos, los lingones (Langres) y los leucos (Toul) suministrarán el trigo, que ya está maduro en los campos. Respecto de los caminos, pronto

(1) *Rev. arqueol.* 1879 y 1880. Se ha puesto el último acto de la batalla contra los helvecios en los campos de Avenay á 20 kilómetros de Autun, y se ha creído que los despojos de la columna de Cussy, encontrados en este paraje, eran los restos de un monumento conmemorativo de la victoria de César. Pero los *Comentarios* no dan noticias geográficas que permitan reconocer el lugar de la acción. Las numerosas sepulturas de esta planicie son de un antiguo cementerio y no el inmenso osario de un campo de batalla, y los detalles arquitectónicos de la columna indican una época posterior á los Antoninos. Damos, sin embargo, el diseño de este monumento que ha figurado tanto en las tentativas hechas para encontrar el sitio en que César ganara su primera gran victoria.

juzgarán ellos mismos. Se le ha dicho que los soldados se negarán á obedecer; pero el general no lo ha creído, porque un ejército no se rebela sino contra un caudillo inepto ó criminal. Por lo que á él hace, toda su vida atestigua su integridad, y la guerra de los helvecios su próspera fortuna. Así el general seguirá adelante; á la cuarta vigilia de esta misma noche se levantará el campo, pues está impaciente por saber si en el corazón de sus soldados puede más el miedo que el deber y el honor. Y si el ejército no lo siguiera, partiría él á la cabeza de la décima legión que será su cohorte pretoriana.»

Como consumado general, César no abandonaba ninguno de los derechos del mando; dando y todo razón de lo que hacía y esperaba, no permitía discusión sobre este punto. Lisonjeada la décima legión con la confianza que le mostrara, prometió su absoluta obediencia y toda su abnegación; y las otras por medio de sus tribunos y centuriones protestaron también de su incondicional sumisión á las órdenes del jefe «que tenía exclusivamente la dirección de la guerra.»

Dos caminos podían conducir á Besançon en el valle del Rin: uno más breve, pero montuoso y cortado por bosques, difícil por consiguiente; otro cincuenta millas más largo, porque contorneaba el macizo en la dirección de Besançon á Vesoul. César eligió este camino más fácil, aunque más largo; pero á los siete días de marcha estaba en el valle del Rin, adonde nunca había puesto un romano los pies.

Ariovisto acampaba allí, y solicitó del procónsul una entrevista entre los dos campamentos. Los dos acudieron á la cita, llevando cada uno diez jinetes: los de César eran soldados de la décima legión montados en caballos galos. «Ha superado sus promesas, decían éstos de buen humor: debía hacernos pretorianos y nos ha hecho caballeros, *equites*. Ariovisto echó en cara al procónsul haber invadido sus tierras en son de guerra. Aquella parte de la Galia, decía, era su provincia, como el senado romano tenía la suya, y no era tan bárbaro que no comprendiera que con pretexto de amistad, sólo pretendía César esclavizar á los galos. Y añadía: «Si no te alejas con tu ejército, te trataré como enemigo; y has de saber que han venido á mí muchos mensajeros de parte de los grandes de Roma á ofrecerme su amistad y su gratitud, si los desembarazo de tí (2). Pero déjame la libre posesión de la Galia, y sin fatiga ni peligro por tu parte, me encargaré yo de todas las guerras que quieras emprender.»

César no había ido tan lejos para retroceder; pero Ariovisto rehusó la batalla durante muchos días. Y era que las adivinas de los suevos habían consultado la suerte escuchando el murmullo de las aguas y estudiando los círculos que trazaba una piedra arrojada al río. La suerte había contestado «que no se debía combatir hasta que la luna nueva hubiera mostrado en el cielo su medio contorno de plata.»

A esta revelación hecha por los prisioneros, se dió más prisa César en empeñar la acción y consiguió que los germanos tuvieran que aceptar la batalla antes del momento feliz fijado por las profetisas. La batalla fué encarnizada, pero desastrosa para los bárbaros (10 setiembre). Sólo pudo escapar un pequeño número, y entre ellos Ariovisto, que herido pasó el río á duras penas.

Algunos días antes de la batalla, habiendo solicitado Ariovisto una nueva conferencia, hubo de enviarle César

(2) César cita estas palabras de Ariovisto. ¿Son auténticas? El odio implacable de los grandes contra el procónsul de las Galias, á quien después quisieron entregar á los germanos, puede muy bien hacerlo creer.

á M. Metio, huésped del rey bárbaro, y al galo Valerio Procilo, cuyo padre había obtenido de uno de los gobernadores de la Narbonense el título de ciudadano: Procilo hablaba el celta y podía entenderse con el germano, que entendía esta lengua. Pero á su entrada en el campamento los trató de espías y los cargó de hierros.

En la derrota los arrastraban sus guardias fugitivos, cuando César, que perseguía al enemigo á la cabeza de su caballería, los alcanzó y los puso en libertad. «La fortuna, decía, no ha querido turbar la alegría de mi triunfo con la pérdida del hombre más considerado de la provincia, mi huésped y amigo.»

Procilo le refirió que había visto consultar tres veces la suerte para decidir si debía ser quemado vivo en el acto ó más tarde. Dos de las mujeres de Ariovisto y una de sus hijas fueron degolladas probablemente con muchas de sus compañeras, porque como en la batalla de Aix, se habían colocado en los carros con que los suevos habían cubierto ambos flancos y las últimas filas del ejército.

La noticia de esta derrota cundió rápidamente llenando de júbilo á la Galia y de dolor á la Germania, y los suevos se alejaron del Rin y se perdieron en sus montañas. En una sola campaña había terminado César felizmente dos guerras formidables (58), y después de sus dos grandes victorias pasó á la Cisalpina para recibir las felicitaciones de sus amigos de Roma y llenar los deberes judiciales de su cargo, celebrando sus audiencias (*conventus*) en las principales ciudades de la provincia. Desde allí vigilaba también á los levantiscos pueblos de la Panonia. Eran estos otros celtas, que al rumor de los combates galos y de las victorias de los getas, sus vecinos, sobre los griegos de Olbia y de la costa de Tracia (1), podían caer en la tentación de tomar otra vez el camino del Adriático, donde habrían encontrado los huesos de las legiones exterminadas por sus padres. Hábiles negociaciones de que no quedan más que algunas huellas casi borradas, retuvieron á los panonios en la alianza de Roma; y no teniendo ya César nada que temer para sus provincias orientales, podrá desguarnecerlas y llevar todas sus fuerzas á la Galia (2).

III.—SEGUNDA CAMPAÑA DE CÉSAR.—OPERACIONES CONTRA LOS BELGAS (57).

La derrota de Ariovisto había librado de la servidumbre á los eduos y á los secuanos; pero parte de sus clientes, en vez de volver bajo su protección, habían reclamado la de los romos, pueblo poderoso de la Bélgica, y César no había impedido esta defección. Luego en lugar de restituirse á Italia las legiones, habían tomado cuarteles de invierno en el país y parecía que el valle del Saona fuera ya, como el Ródano, una provincia romana.

Con esto, el descontento hubo de suceder al entusiasmo, como quiera que se tenía no haber hecho más que cambiar de dominación. Indignábase el pueblo atribuyendo á César la pretensión de restablecer la monarquía, y los ambiciosos decían que no se debía contar con sus adversarios tampoco, sino con Roma. Una nueva guerra vino á distraer por algún tiempo todos estos temores.

(1) La rica ciudad de Olbia en el *Hypanis* (Bug) y todas las ciudades del litoral N. E. del imperio hasta Apolonia, fueron destruidas hacia aquel tiempo por los getas. (Dion Cris. Orat. XXXVI).

(2) Los galos del Danubio, como los nuestros, habían salido ya de la barbarie. Desde el IV siglo antes de J. C. tenían moneda acuñada, mientras los germanos no la acuñaron hasta el tiempo de Carlomagno y los eslavos hasta el siglo XI de nuestra era (Fr. von Pulszky, *Monum. de la domin. celt. en Hungr.* Rev. arqueol. Set. 1879).

Los belgas se habían reunido en asamblea general y habían votado una leva en masa: doscientos noventa y seis mil hombres debían estar dispuestos en la primavera próxima para tomar las armas á las órdenes de Galba, caudillo de guerra de los susiones y belovacos. Advertido de estos movimientos por las cartas de su lugarteniente Labieno, levantó César dos nuevas legiones, las dirigió sobre Bélgica, y en cuanto pudo abriose la campaña, llegó él mismo á la frontera. Había ya preparado de antemano á los romos á desempeñar en el Norte el papel que Marsella desempeñaba en el Mediodía y los eduos en el centro, es decir á abrirles el país, á guiar su marcha, á preparar las defecciones; encargo que cumplieron con vergonzosa abnegación. Iccio y Antebrogio, dos de los principales jefes, vinieron á decirle que su pueblo se ponía bajo la fe del pueblo romano, que haría todo cuanto le fuera ordenado, y que entregaría rehenes, plazas y víveres. César exigió que se le presentara todo el senado y que se le entregaran los hijos de las más nobles familias.

En territorio de los romos, cerca de Bibrax (*Vieux-Laon*) se encontró César con los belgas, y estuvo algunos días indeciso en exponer sus legiones que no pasaban de sesenta mil hombres, al formidable choque de trescientos mil bárbaros, que tenían fama de ser los más bravos de la Galia. Para dividirlos, hizo partir secretamente á Divitiac y al ejército de los eduos con la misión de devastar, á espaldas de los confederados, el país de los belovacos, mientras él, por su parte, tomaba las precauciones necesarias en tan lejanos países. Hizo en Berry-au-Bac, una fuerte cabeza de puente, donde apostó á las órdenes de Titurio Sabino seis cohortes que debían darle seguridad para sus convoyes y para su retirada; y después ocupó á sus legiones, á la orilla derecha del Aisne, en un campo atrincherado, sobre una colina cuyos aproches estaban de suyo defendidos por el pantanoso río de Miette. Desde aquí podía estudiar sin peligro su manera de combatir y familiarizar á sus tropas con su aspecto.

Esta prudencia aumentó la confianza de los bárbaros, los cuales procuraron tomar á Bibrax que defendía el remo Iccio; pero un refuerzo enviado oportunamente por César los obligó á retirarse después de un enérgico ataque. Rehusando los romos atravesar el terreno pantanoso, se decidieron los belgas á contornear la posición pasando el Aisne por un vado más abajo, y advertido César por sus exploradores, envió contra ellos su caballería, que los cargó hasta el mismo lecho del río haciendo en ellos atroz carnicería. Este doble descalabro introdujo el desorden en el ejército bárbaro, y la noticia del ataque de Divitiac acabó de desbaratarlo. Los belovacos, en número de sesenta mil, corrieron á la defensa de sus hogares, los demás pueblos siguieron su fatal ejemplo, y César no tuvo ya más que lanzar sus jinetes para convertir aquella retirada en una fuga tan desordenada como vergonzosa. Durante un día entero estuvieron los romanos matando bárbaros sin ningún peligro para ellos (57) (3).

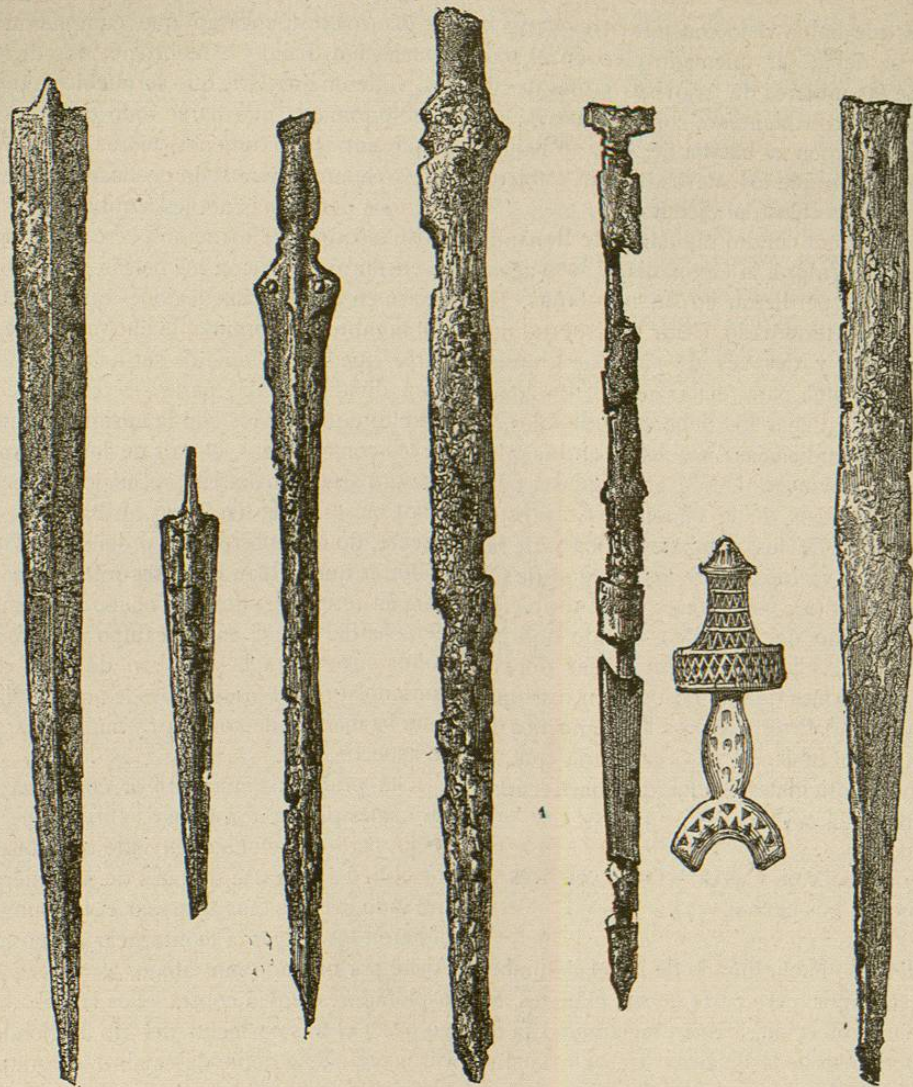
Disuelta la coalición, convenía domar los pueblos uno tras otro: esto era más fácil, pero más largo. César puso en ello toda su actividad: el día siguiente marchó contra los susiones y sitió su capital Noviodunum (Soissons). Espantados los bárbaros al arrimo de las galerías cubiertas (*vineæ*) y al aspecto amenazador de las máquinas de batir murallas, capitularon sin demora. Su rey Galba, que se salvó á ruegos y lágrimas de los romos, entregó en rehenes

(3) *Sine ullo periculo... interfecerunt quantum fuit diei spatium.* (César, de Bello Gallico, II, 11.)

á sus hijos. De aquí pasó el procónsul á las tierras de los belovacos (Beauvais). El terror le precedía, y así, ante su más fuerte plaza, Bratuspantium (Breteuil), no encontró más que mujeres y ancianos, habiendo huido sus jefes á la isla de Bretaña. Su generosidad política concedió á ruegos del eduo Divitiac el perdón de los belovacos, como lo había concedido á los susiones á instancias de los rems. Los ambienses (Amiens) se apresuraron á entregar rehenes.

La mitad de la Bélgica estaba sometida; se habían pasado el Marne, el Aisne y el Soma, y el ejército romano no ha-

bía corrido aún graves peligros. Pero iban á comenzar muy pronto. César quería penetrar en el país de los nervios ó nervianos (Hainaut), país salvaje y casi impenetrable. Inmensos pantanos, bosques en que no se podía dar un paso sin abrirse camino con el hacha en la mano, setos vivos formados con árboles encorvados, cuyas ramas entrelazadas con zarzas y espinos cubrían el territorio de aquel pueblo, que había renegado del nombre galo para preciarse de su germánico origen. No tenían ciudades, expulsaban á los comerciantes y se privaban del uso del vino y de todo lo que parecía enervar los ánimos. Unidos con los atrébatas



Espadas de hierro (1)

(Arras) y con los viromanduos (habitantes del Vermandois, San Quintin), esperaron á los romanos detrás del Sambre (á los alrededores de Maubeuge). En el orden de marcha cada legión iba seguida de sus bagajes, y todo el ejército formaba una larga columna, que en medio de aquellos bosques era fácil cortar.

Advertidos por desertores galos, se dispusieron los nervios á sorprender las legiones una tras otra, y ocultos en un bosque esperaron que apareciera la primera. Pero á las inmediaciones del enemigo cambió César sus disposiciones. Seis legiones marchaban juntas, y las dos últimas compuestas de nuevas levadas, guardaban todos los bagajes reunidos en un solo convoy.

(1) Espadas y despojos de espadas de hierro provenientes de diferentes túmulos (Museo de San Germán).

En cuanto el ejército romano apareció en la colina y hubo comenzado los primeros trabajos del campamento, se lanzaron los nervios y pasaron el Sambre, vadeable por aquella parte. Su ataque fué tan impetuoso que «los jefes no tuvieron tiempo de ponerse sus insignias ni los soldados sus cascos. Acudiendo de los trabajos, cada legionario se colocaba al azar bajo el primer estandarte que encontraba á mano, á fin de no perder buscando el suyo tiempo precioso para la batalla.»

A pesar de los setos que cortaban el terreno impidiendo á las legiones verse y combinar sus movimientos, los atrébatas, en el ala derecha del ejército nerviano, fueron precipitados al Sambre, y los viromanduos, que ocupaban el centro, rechazados también hasta el mismo río, en cuya margen hicieron una resistencia desesperada; pero entre tanto, los nervios que formaban el ala izquierda trepaban

rodeando la colina. Por esta parte, fué tomado el campamento apenas trazado; las legiones estaban cortadas y todos los centuriones de la duodécima legión muertos ó fuera de combate. Las tropas ligeras, los auxiliares huyeron, hasta los treviro, los más bravos jinetes de la Galia, que tomaron el camino de su país propalando por todas partes que los romanos estaban vencidos, y tomados sus bagajes.

César mismo creyó perdida la batalla, y haciendo el último esfuerzo tomó un escudo, se lanzó á la lucha y ordenando la línea de batalla peleó como un soldado. Arrastrados los suyos por su ejemplo hicieron retroceder algunos pasos á las tropas nervianas, y César aprovechó el espacio que le diera aquel vigoroso esfuerzo para extender sus cohortes demasiado oprimidas y reunir poco á poco las legiones que se apoyaban unas á otras.

El combate se restableció con más orden; la disciplina y la táctica recobraron sus ventajas; la retaguardia tuvo tiempo de llegar, y Labieno, que perseguía á los atrébatas, envió en ayuda del procónsul su décima legión. Buena parte del ejército nerviano murió peleando. «De nuestros seiscientos senadores, decían á César los ancianos, no quedan más que tres; y de sesenta mil combatientes, apenas quedan quinientos» (1).

Tan bravos enemigos inspiraron estimación al vencedor. «No se debe extrañar, decía, que hombres tan intrépidos se hayan atrevido á pasar el amplio río, trepar á sus escarpadas márgenes y combatir en el terreno más desfavorable. Su bravura les hacía ver fácil la más difícil empresa» (2).

La batalla del Sambre fué una de las jornadas en que César hubo de combatir por la vida; pero su victoria puso la Bélgica á sus pies. Únicamente los aduáticos estaban aun en armas: descendían estos bárbaros de los cimbro, que medio siglo antes habían invadido la Galia. Seis mil de ellos que habían quedado á orillas del Rin en guarda del grueso bagaje de la horda, habían hecho allí asiento de pueblo estableciéndose en la confluencia del Sambre y del Mosa, adonde sin duda otros germanos fueron á incorporarse. Habían prometido su asistencia á los nervianos; pero la noticia del desastre les hizo desandar su camino. Seguros de ser atacados muy luego, abandonaron sus caseríos y se refugiaron con todo lo que poseían en la más fuerte de sus plazas. Era un macizo de escarpadas rocas que coronaba una meseta á que se llegaba por una rampa ó declive de suave pendiente de 200 pies de latitud, pero cortado por un foso y por un doble muro formado de enormes peñascos. Si se admite que esta plaza (*oppidum*) estaba en la confluencia del Sambre y del Mosa, en la montaña coronada por la ciudadela de Namur, se hallaba también defendida lateralmente por estos dos ríos.

A la aproximación de las legiones, corrieron los aduáticos con mucho arrojo á su encuentro y empeñaron ligeros combates que no impidieron los trabajos de César. En poco tiempo una contravalación de doce pies de altura y quince millas de longitud, guarnecida de fuertes, contuvo las salidas de los sitiados; después hicieron los romanos un terraplén, fabricaron manteletes y construyeron fuera del alcance de las flechas, una torre, cuyo piso superior debía dominar la muralla.

«Viéndola se reían los sitiados burlándose desde lo

(1) Hay mucha exageración en estos números, á nuestro parecer, pues muy luego veremos que los mismos nervios llegaron á hacerse temibles.

(2) Hizo más César: proveyó á las necesidades de las mujeres, de los niños y de los ancianos, que se habían refugiado en los pantanos, les dejó todo el territorio de la nación y mandó á los pueblos vecinos protegerlos contra toda violencia.

alto de sus muros y nos preguntaban qué pretendíamos hacer con tan pesada máquina y qué fuerzas la iban á mover. Pero cuando la vieron acercarse á sus murallas, se sobrecogieron de espanto y consintieron en entregar sus armas. Y tantas arrojaron á los fosos que hicieron montones más altos que los muros. Pero conservaron aun muchas, y la noche siguiente, creyendo sorprender el campamento romano, lo atacaron. Señales hechas con fuego dieron el aviso y acudieron de todas partes hacia el punto atacado (3). Cuatro mil aduáticos cayeron al pie de las trincheras, y los demás hasta el número de cincuenta y tres mil fueron vendidos el día siguiente á los traficantes de esclavos que seguían el ejército. Estos descendientes de los cimbro tenían la suerte de sus padres» (4).

Durante los últimos combates, el joven Craso que se había distinguido en la batalla contra Ariovisto, fué destacado con una legión para recorrer el país comprendido entre el Sena y el Loira, y no había encontrado resistencia: todos los pueblos de la región explorada, bajo la impresión de las ruidosas victorias de César y sin preparativos de guerra, se habían resignado á reconocer la soberanía de Roma y á entregar rehenes. Esta expedición no había sido pues más que un paseo militar.

Desde la segunda campaña (57), la Galia parecía sumisa y muchas poblaciones germánicas de la orilla derecha del Rin enviaban al vencedor humildes diputaciones para granjearse su buena voluntad. César, sin embargo, dejó siete legiones en cuarteles de invierno al Norte del Loira, entre los carnutes, los andes y los turones para vigilar á los pueblos, que si bien habían visto las armas romanas, aun no habían sentido su peso: la octava legión al mando de Galba volvió con parte de la caballería al país de los veragres, en el Valais, y recibió instrucciones para abrir al través del grande y del pequeño San Bernardo, por donde ya pasaban los comerciantes italianos, caminos breves y fáciles entre la Céltica y la Italia.

En cuanto á César, iba á emplear el invierno en arreglar los negocios de la Cisalpina, de la Iliria y de su tercera provincia, la Narbonense, donde los Pirineos han conservado un recuerdo de él, la fuente de *Vieux-Cesar*, en Cauterets (5).

IV. — TERCERA CAMPAÑA DE CÉSAR. GUERRA DE LA ARMÓRICA Y LA AQUITANIA (56)

César estaba en la Iliria, cuando supo que la legión de Galba atacada por los montañeses había corrido peligro de perecer y que toda la Armórica se había sublevado. Creciendo de trigo Craso, lo había solicitado de los pueblos inmediatos á su campamento, y éstos cargando de hierros á sus enviados, que eran caballeros romanos, habían declarado que no les darían libertad, si á su vez no les devolvía él los rehenes. Era una violación del derecho de gentes, que aquellos mismos bárbaros reconocían, y ella explica, sin justificarla, la dureza, la crueldad que el romano iba á mostrar. Los que acababan de cometer esta audacia habían invertido el invierno en formar una vasta confederación

(3) *Celeriter, ut ante Cesar imperarat, ignibus significatione facta, De Bello Gallico, II, 33.*

(4) La misma observación se nos ocurre aquí que la que hicimos respecto de los nervios. Los aduáticos siguieron como uno de los pueblos importantes de Belgium.

(5) Si todos los campamentos de César en Galia no son campamentos de César, nada impide creer que el procónsul hubiera venido á Cauterets, estación termal de los romanos, muy antigua y famosa, ya en el intervalo de una á otra de sus campañas, ya á fines del 51, después de la pacificación de la Galia y la Aquitania.